

TAZAS

— Yo no me acabo de fiar de ella.

— Fíate, es buena chica. Se nota en seguida, pero está confundida y sale de una relación que le ha hecho daño. Necesita tiempo.

— Él la quiere mucho. Es tan tierno.

— Y es constante, lleva mucho tiempo detrás de ella. Al final todo saldrá bien, ya lo verás.

— Me gustaría que tuvieras razón. Ojalá. Son tan monos. Harían tan buena pareja.

— Ten paciencia, ya verás.

Hacia el final de la jornada las tazas se quedan muchas veces olvidadas un rato en las mesas, cuando la cafetería está a punto de cerrar. Esto ocurre, sobre todo, en los rincones más tranquilos, que son también en los que se dan las conversaciones más personales. Las tazas son mudos testigos de ellas, pero cuando se quedan solas, comentan los coloquios que han escuchado.

— Te digo que le quiere, no sé por qué no le dice ya que sí.

— Quiere estar segura. Son amigos y no quiere estropearlo todo, no quiere echar a perder su amistad.

— Siempre la justificas.

— No la justifico, entiendo por lo que está pasando. Es prudente.

— Prudente, prudente... Él no puede tener más paciencia, siempre ahí. Ayudándola todo el tiempo.

— Son amigos.

— ¡Claro que son amigos! Pero él lo está pasando fatal, la *friendzone* es un martirio... Lo hemos visto cien veces. Lo sabes.

— Hay que darle tiempo.

— Y dale...

A veces en la cafetería tienen lugar charlas absolutamente inesperadas. En una ocasión, las tazas, en la mesa más arrinconada, escucharon la sigilosa conversación entre una mujer y el que era su amante, en la que taimadamente

planeaban matar al marido, que debía ser un infeliz. Pobre hombre, se decían. Y rabiaban de impotencia al darse cuenta de que no podían hablar con la policía...

— A lo mejor no lo dicen en serio...

— ¿No los has oído?

— Ya...

— Se lo cargan, te digo que se lo cargan. ¿No has visto que tenían previstos todos los detalles?

— Como vuelvan, te digo que al que me toque, le tiro todo el café por encima...

Pero no volvieron. Y en la página de sucesos del periódico de don Anselmo, que era un cliente habitual del desayuno, leyeron la noticia de un crimen cuyo *modus operandi* coincidía perfectamente con el descrito en la conversación de los amantes clandestinos.

— ¿Lo ves? Estaba cantado. Blanco y en botella.

Tiempo después, leyeron en el diario que los habían detenido. Los reconocieron en las fotos sin duda ninguna.

— ¿Has visto? Son ellos. Te lo decía.

— Yo también te lo decía.

Y discutían un rato sobre quién lo había dicho antes, porque tampoco tenían más que hacer.

Tiempo después tuvo lugar el juicio, que despertó una morbosa atención mediática que también subyugó a las tazas y todas las mañanas, mientras duró el proceso, se disputaban estar en la primera fila de la vitrina, para que el camarero las eligiera para servir el café de don Anselmo, que era el más madrugador de los clientes habituales y traía la prensa siempre consigo.

Las tazas a veces oían comentar a otros clientes los avatares del juicio, los argumentos de la fiscalía y de las defensas que ahora culpaban recíprocamente a sus defendidos. Pero lo que más las divertía y les daba un motivo de burla es que, a diferencia de ellas, los camareros nunca habían reconocido a la viuda y a su amante. Ellos, siempre corriendo de un lado para otro, no habían advertido que los mediáticos asesinos habían sido los clientes circunstanciales de una tarde de otoño.

— Están atontados, no se enteran —le decía una taza a la otra taza. Y de alguna manera se desquitaban de cuando ellos con sus prisas se atolondraban y las hacían derramar café en el platillo.

Al final los condenaron a un montón de años de cárcel. Las tazas suspiraron con alivio porque conocían de primera mano la saña y frialdad criminal que albergaban los asesinos. Aún se estremecían al recordarlos. Con el final del juicio también decayó el interés por servirle el café a don Anselmo, que

al fin y al cabo era un señor bastante serio que solo leía el periódico y no decía nunca nada.

A las tazas también les aburría servir a los turistas porque no entendían el inglés. Además, ellos ponían caras raras al tomar el café, que encontraban muy fuerte.

—Lo que sirven en su país es aguachirli, te lo digo yo.

De entre todos, los que más les gustaban, en general, eran los italianos porque a veces entendían algo y cuando no, al menos su hablar era musical y se escuchaba con agrado. Y sabían de café.

Otra cosa que comentaban con disgusto era el servicio en terraza, sobre todo con los fumadores.

—Otro que le ha dado por utilizarme de cenicero. Qué asco, chica.

—Puajjj..

—Me ha apagado el cigarrillo contra el fondo, contra el poso del café.

—Qué gorrino.

—Y ha apretado hasta espachurrar el cigarro y dejarlo hecho un gurrño.

—Calla, calla... No sigas, me da repelús. ¡Uf!

Lo que en realidad prefieren las tazas es ser el recipiente del café de los clientes habituales, porque los llegan a conocer muy bien con el paso del tiempo y se llegan a sentir partícipes de sus vidas. Disfrutan de su cotidiana continuidad, que a veces se interrumpe temporalmente, lo que las hace preocuparse, claro.

—El de los seguros no ha venido ni ayer ni hoy ¿estará enfermo?

Los almuerzos de los oficinistas les parecen entretenidos, a veces vienen en turnos separados por filias y fobias y los de unos grupos dicen maldades de los de los otros. Critican a los trepas y a los jefes, que a veces también pasan por la cafetería y no les parecen tan malas personas. La cafetería es un lugar sin duda mejor que la oficina. Más sano, incluso aunque entre sus paredes se urdiera una vez un crimen. Pero en los almuerzos de las oficinas, aunque entretenidos, malvados y chispeantes, falta el grado de confianza e intimidad de las conversaciones entre parejas. Éstas son las que más les gustan a las tazas porque, en el fondo, son unas románticas empedernidas.

Por la cafetería pasan muchas parejas y tampoco son todas iguales. Las hay jóvenes y maduras, de edades dispares —que siempre dan que comentar—, divertidas y angustiadas, interesantes y superficiales. Algunas han surgido, poco a poco, en conversaciones entretejidas en torno a las tazas de café. De estas se sienten partícipes de una manera especial. Su favorita, sin duda, es la de un chico y una chica, compañeros de carrera, que solían quedar para estudiar un par de días a la semana. Eran muy amigos, pero él estaba enamorado de ella que, al principio tenía novio. Luego rompió, lo pasó mal, se lo contaba a él. Las tazas seguían todo con expectación. Al final, él le había dicho que la quería, ella estuvo

a la defensiva, pasó el tiempo. Terminó la carrera, él empezó a trabajar pero siguieron viéndose porque ella preparaba oposiciones y quedaba con él para descansar y tomarse un café a media tarde. A veces, él la ayudaba a repasar. Ella vivía cerca de la cafetería. Poco a poco, su intimidad se fue transformando, ella se enamoró de él y, al final, se convirtieron en novios en medio del alborozo de las tazas. Se besaron.

— Creía que nunca llegaría este momento. Por fin.

— Estoy feliz.

— ¿Lo ves? Te lo había dicho. Era cuestión de tener un poco de paciencia.

— Paciencia es lo que ha tenido él.

— No protestes. Son monísimos.

— Son perfectos.

Junto a las tazas planearon los preparativos de la boda, se ponían de acuerdo en todo. En los invitados, en las mesas.

— Están compenetradísimos, no como los del tercero izquierda, que están siempre discutiendo.

Pero la vida es caprichosa y con la boda dejaron de acudir a la cafetería porque se fueron a vivir lejos de allí. Las tazas estaban tristes.

— Me hubiera encantado verla vestida de novia.

— ¿Verdad? Les echo mucho de menos. Me gustaban tanto.

— Es una pena, la verdad; pero lo importante es que van a ser muy felices.

Estoy segura.

Pasó mucho tiempo, difícil de precisar desde la perspectiva de la cotidiana repetición de los días de una taza. Una tarde la pareja entró en la cafetería con una niña en una silla de bebé. Uno de los camareros les reconoció y los saludó calurosamente.

— ¡Cuánto tiempo! ¿y a quién tenemos aquí? — dijo dirigiéndose a la niña que, por supuesto, era monísima.

— Hemos venido a ver a mi madre, que vive aquí al lado y nos ha apetecido pasar por aquí, a recordar viejos tiempos — dijo ella mientras se sentaban.

— ¿Solo y cortado? — preguntó asertivamente el camarero, recordando las consolidadas costumbres de la pareja.

— Sí — asintió él.

— Sí — corroboró ella —. ¿Nos puedes calentar esto? — dijo tendiéndole un biberón.

—Claro. Eso está hecho. La niña es igualita a ti —dijo el camarero afectuosamente.

Las tazas estaban emocionadas, llegaron a la mesa al borde de las lágrimas. Estaban encantadas con la niña, que era verdad que les recordaba mucho a ella, aunque también tenía cosas de él, más vagas, quizá, más difíciles de precisar, pensaba una de ellas. Anhelaba ya comentar con su compañera lo emocionante que había sido el reencuentro, lo mucho que se habían alegrado. Lo guapa que era la niña que casi sentían como una ahijada. Precisamente la pequeña se revolvía ahora inquieta en la silla —pero qué preciosa es, pensaba la taza— mientras su padre la cogía en brazos... La niña dio una patada y la otra taza salió volando, se estrelló contra el suelo y se hizo pedazos.

—Lo siento, lo siento —dijo el padre apurado, incorporándose con la pequeña para recoger los fragmentos.

—No se preocupe jefe, ahora me ocupo yo —comentó el camarero—. Ha sido un accidente. No pasa nada. ¿Quiere que le ponga otro café?